

y encuentro que son bastantes para no andarse á la sopa. En verdad, no viviremos con la grandeza y la pompa que mis perdidos tesoros prometian, mas, ¿qué importa, si con lo que conservamos, con decoro y sin tramoyas y sin apuros podemos gozar de la *vita bona*?

D.<sup>a</sup> RUFINA. (*Impaciente.*)  
¿Y cuáles son los recursos?...  
Explicáte más.

D. BLAS. Ahora.

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Dejastes algunos fondos allá en Lima, y á persona de probidad?

D. BLAS. Ni una hilacha dejé en tierra tan remota.

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Pues en letras, por ventura, traías?...

D. BLAS. ¡Qué! De otra cosa muy distinta voy á hablaros.

D.<sup>a</sup> RUFINA. (*Muy inquieta.*)  
Pues acaba: no seas posma.

D. BLAS. Ten paciencia, ten paciencia.

D. ALBERTO. (*A doña Rufina.*)  
Sí; escucha.

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¡Jesus qué sorna!  
Me estoy haciendo harinilla.

D. BLAS. Yo tengo buena memoria, y me acuerdo, hermanos míos, que en mi época venturosa tres veces os he enviado cantidades y no cortas. La primera, veinte mil duros, conservo la nota; otros diez mil la segunda, y ocho mil, aun no hace ahora tres años; y los recibos, como vuestras cartas propias, que tomasteis estas sumas justifican y denotan.

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Ves con lo que sale, Alberto?

D. BLAS. (*Con resolucion.*)  
¿No he de lograr que me oigas sin interrumpirme un rato?

D. ALBERTO. Escuchemos.

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¡Dale bola!

D. BLAS. Yo no dudo, hermanos míos, que estas cantidades todas se emplearon cual previne, y que fincas productoras habeis con ellas comprado: y de que así fué me informa lo que dicen vuestras cartas.

Pues si hay propiedad, ¿qué importa la desgracia que he sufrido? Con su producto, que monta por mi cuenta á dos mil pesos, puede la familia toda vivir descansadamente. Además, esa bambolla del uniforme de Alberto producirá alguna cosa; pues si nada produjera fuera una gala bien tonta. Tu marquesado lo mismo. Y harto que estais bien denota ver que teneis dos lacayos, vajilla de plata, y otras comodidades y aun lujos que nunca los pobres logran.

¿Os faltará economía? Pues á mí, que de estas cosas entiendo, el manejo dadme...

D.<sup>a</sup> RUFINA. (*Se levanta interrumpiéndole muy irritada.*)

De escucharte estoy absorta. ¿Nos vienes á pedir cuentas...?

¿Pues no faltaba otra cosa! ¿Cómo, atrevido, insolente, necio, gobernarnos osas?

Que aquí tengamos ó no, que en fincas ó en zanahorias se emplearan las miserias que encareces con tal pompa, que falte ó no economía, ¿á tí, bruto, qué te importa? Vuélvete á ser marinero, ó aljamel, que con tu tosca facha y tus sucios modales jamás serás otra cosa, y déjanos en paz ya. (*Todos se levantan.*)

D. BLAS. (*Sorprendido.*)  
¡Rufina...!!!

D.<sup>a</sup> RUFINA. Vete á una fonda.  
Ponte al momento en la calle.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Mamá, mamá...!

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Qué hay, mocosa?  
¿Tambien quieres reprenderme?  
¡Pues digo á usted que es historia!...

D. ALBERTO. (*Muy apurado.*)  
Rufina... Por Dios...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Hermano,  
¿quién la cólera reporta oyendo hablar á ese necio, y quién, dí, no se sofoca viendo á esta insolente niña encaramarse á doctora? Como se parece tanto

en lo vulgar y en lo tonta á ese zafio, á ese perdido, su parte y defensa toma...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (*Afligida.*)

Yo... mamá...

D.<sup>a</sup> RUFINA. (*Furiosa.*) Calla, Paquita.  
Vete de aquí... ¡Vete, loca!

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (*Llorando.*)

Ya me voy.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Vete al instante;

jamás ante mí te pongas, sino de una bofetada

te baño en sangre la boca.

(*Vase doña Paquita por la derecha.*)

### ESCENA X

LOS MISMOS, menos D.<sup>a</sup> PAQUITA

D.<sup>a</sup> RUFINA. Y tú, Blas, ya lo has oido, aquí en casa nos estorbas.

Antes que la noche llegue dispon pues de tu persona.

D. BLAS. ¿Hablas de veras, Rufina?

¿de tu casa así me arrojas?

D.<sup>a</sup> RUFINA. Sí; como lo has escuchado.

D. BLAS. ¿Y cuando he perdido toda mi fortuna...? ¿Qué recurso?...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Amigo, pide limosna, que á mis costillas no quiero holgazanes de tu estofa. Y pues tanto deseabas vivir en el campo, ahora métete fraile cartujo.

D. BLAS. Tu consejo me enamora.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Pues señor, lo dicho dicho.

Yo en mi casa mando sola.

No quiero tenerte en ella.

A Dios, Blas. Estás de sobra.

(*Vase doña Rufina por la derecha.*)

### ESCENA XI

D. ALBERTO, D. BLAS

D. BLAS. (*Deteniendo á don Alberto, que se va detrás de doña Rufina.*)

Hermano, escúchame, espera.

¡Rufina se ha vuelto loca!

¿Qué demonios la provoca á hablarme de esta manera?

¿Por qué es esta furia, Alberto?...

Es una pobre mujer,

y yo caso no he de hacer

de su rabia y desconcierto.

Pero tú, que al cabo eres

la cabeza de la casa,

en vista de lo que pasa

dí qué he de hacer, dí qué quieres.

D. ALBERTO. (*Confuso.*)

Yo... Blas... En todo á Rufina

procuro siempre dar gusto

y á su dictámen me ajusto.

D. BLAS. Ya sé yo que te domina.

D. ALBERTO. Ella tiene gran talento...

y con razon dice, Blas...

D. BLAS. ¿Con que diciéndome estás

que me vaya en el momento?

D. ALBERTO. Nada digo... Blas... A Dios,

voy á ver lo que ella manda.

D. BLAS. Haces bien, Alberto, anda...

¡Lástima me dais los dos!

### ESCENA XII

D. BLAS solo, después de una larga pausa

Ya no hay duda. Bien claro he descubierto, y Dios de que me pesa es buen testigo, que cuanto me informó mi fiel amigo de mi ingrata familia, es harto cierto. Pero ¡ay! me es cara, y aun á dar no acierto á su conducta bárbara conmigo, y á su ambicion y orgullo aquel castigo que merece tan loco desconcierto. Mas si trató mi amor de disculparlos en el primer momento, ¿á sangre fria no acabo más feroces de encontrarlos? Tengan el premio y muera mi alegría, que en hacerlos felices y abrazarlos, y en gozar sus cariños consistia.

### ESCENA XIII

D. BLAS, D.<sup>a</sup> PAQUITA, sale de su cuarto, y trae un pequeño bulto liado en el pañuelo

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (*Vergonzosa y cortada.*)

Tío...

D. BLAS. (*Con mucho cariño.*)

Sobrina mia,

¿qué buscas...? Dilo presto.

¿Mas por qué tan turbada?

¿Qué llanto es ese que en tus ojos veo?

Dí... ¿qué tienes, hermosa?

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Ay, tío...! Yo no puedo manifestar bastante lo que me aflige de mi madre el genio, ni la terrible pena que allá en el alma siento al ver cómo se porta con usted, que parece ser tan bueno.

D. BLAS. ¿Qué quieres, inocente!

Desengaños son estos,

que lo que puede muestran

el interés en los humanos pechos;

y que los hombres sólo halagan al dinero y al poder consideran, burlándose de amor y parentesco; porque almas corrompidas no abrigan los afectos que pueden por sí solos proporcionar dulzuras y consuelos.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Ay! de usted la venida, y sin usted saberlo, me sumió para siempre en un mar de dolor y de tormentos. Las dulces esperanzas que alentaban mi pecho por causa de usted, tío, volaron ya como engañoso sueño. Y á pesar de este daño tan grande que me ha hecho, inspira al alma mía tierno cariño y singular respeto.

(Abrazándola con ternura.)

Llega á mis brazos, niña.

No sabes el consuelo que tus dulces palabras difunden ¡ay! en mi angustiado pecho.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Una cosa quería.

D. BLAS. ¿Qué quieres?... Dilo luego.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Y usted, tío, me ofrece que no se enfadará?...

D. BLAS. Dilo sin miedo.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Harto, señor, conozco que la suerte lo ha puesto en el mayor apuro, en que puede encontrarse un hombre y para remediarlo, (recto; de todo el universo tener quisiera, tío, no las riquezas, no, sino el imperio; mas ya que no me es dado tanto como deseo, lo que puedo ofrecerle con toda el alma y corazón le ofrezco. (Desenvuelve el pañuelo y saca una cajita que contiene el collar de perlas y los pendientes.)

Estas hermosas perlas, este rico aderezo, que usted tan generoso me dió sin conocerme, le devuelvo. Su valor usted sabe; que lo tome le ruego, y con su importe, tío, sin apuros vivir podrá algún tiempo.

D. BLAS. (Admirado.)

¿Qué pretendes, muchacha? Niña, ¿qué estás diciendo?...

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (Con resolución.)

Si usted, señor, lo acepta me hará la más feliz del universo.

D. BLAS. No lo dudo, hija amada, porque sé que es el premio de acciones semejantes, el sabroso placer de haberlas hecho. (Abraza con ternura á doña Paquita.)

¿Qué puedo responderte?

Nada. Vuelve á mi seno, porque voces me faltan con que explicar lo que en el alma (Vuelve á abrazarla.) (siento.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (Con cariño.)

¿Con que usted lo recibe?...

D. BLAS. (Con gran ternura.)

Recibirle no debo.

Disfrútale, sobrina, pues prenda es ya de mi cariño tierno.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Una vez le he estrenado.

Ya le he tenido al cuello...

Ahora usted le disfrute.

¡Ah! no me prive usted de este con-

D. BLAS. Pero, Paquita amada... (suelo.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Yo usarle ya no puedo, porque es de mucho lujo para la situación en que nos vemos. Además, francamente, si acaso lo conservo pronto estará empeñado. Pronto...

D. BLAS. (Muy enternecido.)

Basta, Paquita. Te comprendo.

Le tomo... sí; le tomo.

(Toma la cajita, y mirando á la puerta de la izquierda dice:)

Alguien viene... No quiero

Que me encuentren llorando.

No te arrepentirás de lo que has hecho.

(Vase á su cuarto.)

#### ESCENA XIV

D.<sup>a</sup> PAQUITA. PASCUAL, por la izquierda

PASCUAL. Buen ánimo, señorita.

Ya está en casa aquel zorzal.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (Volviendo en sí.)

¿Quién dices que está, Pascual?

PASCUAL. Una agradable visita.

(Vase por la puerta del fondo.)

#### ESCENA XV

D. PAQUITA. D. JUAN, por la derecha

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (Sorprendida.)

¡Ay, Jesús!

D. JUAN. (Turbado.) ¡Oh trance fuerte! ¡Cuánto el encontraros siento!

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (Confusa.)

¡El verme os da sentimiento!...

D. JUAN. (Abatido.)

Tal es, Paquita, mi suerte.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Si supiérais!...

D. JUAN. ¿Qué, mi bien?

D.<sup>a</sup> PAQUITA. Lo que ha pasado en mi casa...

D. JUAN. ¡Ay! lo que en la mía pasa es lastimoso también.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (Asustada.)

¿Qué decís? Pues, ¿qué sucede?

D. JUAN. ¿Por qué lo queréis saber?

Quien infeliz ha de ser

con nada evitarlo puede.

Yo al momento que os perdí

empecé á serlo, Paquita,

y la suerte precipita

hoy sus males sobre mí.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (Turbada.)

No os entiendo... ¿Habeis venido

porque un recado... quizás?...

D. JUAN. Paquita, el ver á don Blas

á esta casa me ha traído.

#### ESCENA XVI

LOS MISMOS. D.<sup>a</sup> RUFINA

D.<sup>a</sup> RUFINA. (Muy contenta.)

Bien, muy bien. Así me agrada.

Como tórtolas están.

Muy bien venido, don Juan.

Paca, ¿estás ya consolada?

D. JUAN. (Con seriedad.)

¡Señora!...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Desde el balcon

venir gozosa os he visto

tan lindo mozo y tan listo...

Buena, Paca, es tu elección.

D. JUAN. ¡Señora!...

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Qué?... ¿Está enojado?

No se haga usted retrechero,

pues bien sabe, caballero,

que siempre se le ha estimado.

D. JUAN. Me admiro...

D.<sup>a</sup> RUFINA. (Con viveza.) ¿Mimos queréis?

Pues pelillos á la mar

y vamos á concertar

que luego, luego os caseis.

D. JUAN. Advertid, señora, que

ya de muy distinto modo...

D.<sup>a</sup> RUFINA. No conoce usted que todo

por probarle sólo fué.

(A doña Paquita.)

Desengañaile, hija mía, conténtale... Dile, pues...

TOMO II

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (Avergonzada.)

¡Jesús, mamá!

D.<sup>a</sup> RUFINA. Todo es

cariño y zalamería.

D. JUAN. Es otro tiempo, señora,

no á tratar amores vengo.

Hartos infortunios tengo

que me atormenten ahora.

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Tan presto se os fué el amor?

D. JUAN. (Afligido.)

¡Ay! del triste pecho mio

jamás saldrá, yo lo fio,

para tormento mayor.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. (Con vehemencia.)

¡Ay don Juan!... ¡Mamá!...

D.<sup>a</sup> RUFINA. Al momento

vuestro deseo vereis...

D. JUAN. Por piedad, no acrecenteis

mi dolor y mi tormento.

D.<sup>a</sup> RUFINA. ¿Qué? ¿No queréis á Paquita?

D. JUAN. (Con muestras de gran dolor.)

Con toda el alma la adoro,

es mi bien, es mi tesoro;

mas la suerte me la quita.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Ya es vuestra.

D. JUAN. No lo será.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¿Qué escucho?... ¡Cielos!

D. JUAN. Señora...

mi corazón, ¡ay! la adora,

pero la he perdido ya.

D.<sup>a</sup> RUFINA. No os entiendo. ¿Vos' perderla?

D. JUAN. Sí... Cuando la pretendía

medios de sobra tenía

con que poder mantenerla.

Pero acabo de quebrar.

Ya mi casa está perdida,

y á quien adoro, en mi vida

podré, señora, engañar.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Ay de mí!... ¡Cielos! ¿Qué dice?...

(Como queriendo abrazar á don Juan.)

¡Oh, don Juan!...

D.<sup>a</sup> RUFINA. (Conteniéndola.) Niña, contente.

D.<sup>a</sup> PAQUITA. ¡Mamá!

(Corre á sentarse en la silla más inmediata con muestras de desmayarse.)

D.<sup>a</sup> RUFINA. (A don Juan con enfado.)

¡Jesús!... ¡Qué imprudente

que está usted!

D. JUAN. ¡Soy infelice!

D.<sup>a</sup> RUFINA. (Se acerca á su hija y dice gritando:)

¡Ana!... Ven, Ana... Ven presto.

#### ESCENA XVII

LOS MISMOS, ANA, apresurada

ANA. ¿Qué ha ocurrido?

D.<sup>a</sup> RUFINA. Agua al instante.

D. JUAN. ¿Hay martirio semejante?  
ANA. *(Acercándose con cariño á doña Paquita.)*  
Doña Paquita... ¿Qué es esto?  
D.ª PAQUITA. *(Se levanta y se apoya en Ana.)*  
Nada...  
D.ª RUFINA. En tu cuarto mejor...  
D.ª PAQUITA. *(Abatida.)*  
Sí... mejor será... Me voy.  
D. JUAN. ¿Esto miro, y vivo estoy?...  
D.ª PAQUITA. *(Yéndose poco á poco sostenida por Ana.)*  
¡Don Juan! ¡Don Juan!  
D. JUAN. ¡Oh dolor!  
*(Váse doña Paquita con Ana y don Juan queda á un lado sumergido en el más profundo abatimiento, y á otro doña Rufina muy pensativa.)*

## ESCENA XVIII

D. JUAN. D.ª RUFINA

D.ª RUFINA. *(Aparte despues de un rato de silencio.)*  
Ya veo que la fortuna  
contra mí se ha declarado,  
de modo que no ha dejado  
abierta puerta ninguna.  
*(Acercándose á don Juan con seriedad.)*  
Tiene usted razon, don Juan.  
Si su fortuna perdió,  
como honrado se portó,  
que hombre pobre no es galan.  
Ni yo mi hija le diera,  
porque soy mujer prudente.  
Pero tan raro accidente,  
¿cómo fué, de qué manera?  
D. JUAN. *(Volviendo en sí.)*  
¿Qué puedo decir yo?  
Que vuestro hermano don Blas,  
porque no hay, señora, más,  
nuestra quiebra ocasionó.  
D.ª RUFINA. ¿No lo he dicho?... Ese jumento  
no sólo á sí se ha arruinado,  
mas tras de sí habrá llevado  
la fortuna de otros ciento.  
D. JUAN. No, don Blas nada ha perdido.  
D.ª RUFINA. *(Admirada.)*  
¿Qué decís? ¿Pues sus tesoros  
robados por unos moros  
cerca de Cádiz no han sido?  
D. JUAN. Sí, señora: mas traía  
todo, todo asegurado,  
y debe serle abonado  
todo, por la compañía.  
D.ª RUFINA. *(Muy solícita.)*  
Explicadme: no comprendo  
el asegurar qué es,

ni esa compañía, pues  
de estas cosas nada entiendo.  
D. JUAN. El seguro, en conclusion,  
es quien responda tener  
de que no se ha de perder  
alguna especulacion,  
con lo que el interesado  
en suma no arriesga nada,  
porque el daño se traslada  
á aquel que lo ha asegurado,  
y hay un establecimiento  
formado por negociantes,  
que dan fianzas semejantes  
cobrando el tanto por ciento.  
Don Blas, como hombre advertido,  
cuando de Lima salió  
sus fondos aseguró,  
por lo que nada ha perdido.  
D.ª RUFINA. ¿Pues los trescientos mil duros  
que traia en la fragata?...  
D. JUAN. Los tiene al momento en plata,  
y los tiene muy seguros.  
D.ª RUFINA. ¿Con que los tiene?...  
D. JUAN. Sin duda.  
D.ª RUFINA. *(Fuera de sí de contento.)*  
Alberto, Alberto, ven luégo,  
aun no hemos perdido el juego;  
la fortuna nos ayuda.  
Ven al momento, y tú, Ana,  
sal al punto.  
D. JUAN. *(Aparte.)* ¡Qué mujer!  
D.ª RUFINA. Hoy loca me he de volver,  
todo mi suerte lo allana.  
Pero... usted, ¿cómo perdió?...  
D. JUAN. Porque en la tal compañía,  
aunque hartó yo me oponia,  
mi buen padre se metió.  
D.ª RUFINA. *(Sin hacer caso de don Juan.)*  
¡Alberto!  
D. ALBERTO. *(Dentro.)* Ya voy, mujer.  
D.ª RUFINA. Pues, don Juan, en el instante  
aquí el dinero contante  
hoy mismo se ha de poner.

## ESCENA XIX

LOS MISMOS. D. ALBERTO

D. ALBERTO. ¿Qué diablos ha sucedido,  
que con tanta prisa estás?  
D.ª RUFINA. Que nuestro querido Blas  
nada, nadita ha perdido.  
El señor puede contarte  
lo que ocurre, y de qué modo  
ha logrado salvar todo.  
D. ALBERTO. *(Confuso.)*  
No sé qué crédito darte

ni comprendo lo qué es esto.  
Explicáte, hermana, pues.  
D.ª RUFINA. Hermano, la cosa es...  
Don Juan lo dirá más presto.  
D. JUAN. *(A don Alberto.)*  
¿No lo saben? Que don Blas  
sus fondos aseguró,  
por lo que nada perdió.  
No es menester decir más.  
Yo soy el comisionado  
de la triste compañía  
de seguros, que en el día  
con este asunto ha quebrado,  
porque trescientos mil duros  
no es, señor, una friolera;  
y sabéis que no hay espera  
en esto de los seguros.  
De Cádiz aviso tengo  
que cien mil ya tiene allí,  
y á tratar del resto aquí  
con el mismo don Blas vengo.

D. ALBERTO. *(Suspense.)*  
¡Muy bien!  
D.ª RUFINA. ¿Con qué listos ya  
cien mil hay?  
D. JUAN. En el instante.  
D.ª RUFINA. ¿Y la cantidad restante?  
D. JUAN. Don Blas no la perderá.  
D. ALBERTO. ¡Buena fortuna por cierto!  
D.ª RUFINA. *(Acercándose á la puerta de la izquierda.)*  
Ana, ven al punto; ven.  
¿Quién con tanta dicha, quién  
no ha de delirar, Alberto?

## ESCENA XX

LOS MISMOS. ANA.

ANA. Señora, ¿qué manda usted?  
D.ª RUFINA. *(Con gran contento.)*  
No es nada; cosa de juego.  
Vuelvan los lacayos luégo,  
vuelvan al punto.  
ANA. Pues, ¿qué?...  
D.ª RUFINA. Nada se ha perdido, nada.  
Que esté la comida presta  
y ten la mesa dispuesta,  
pues nuestra suerte es colmada.  
ANA. *(Dudosa.)*  
Señora, no sé qué diga.  
D.ª RUFINA. Se han salvado los tesoros,  
y á los corsaritos moros  
podemos dar una higa.  
ANA. ¿Pero es posible?  
D.ª RUFINA. Ana, sí;  
mas entráte en el momento

de Blasito al aposento,  
y dile que salga aquí.  
*(Vase Ana por la puerta de la derecha.)*

## ESCENA XXI

LOS MISMOS, ménos ANA

D. ALBERTO. Rufina, ¿qué te parece?  
D.ª RUFINA. Estoy de gozo alelada.  
D. ALBERTO. Don Juan, ¿y queda arruinada  
la compañía?  
D. JUAN. Perece.

## ESCENA XXII

LOS MISMOS. ANA. D. BLAS, con el mismo vestido que vino la primera vez

D.ª RUFINA. *(Acercándose á don Blas con mucho cariño.)*  
¡Bien, Blasito, te has burlado!  
Ven acá, ven, buena pieza.  
¿Quién te puso en la cabeza  
darnos chasco tan pesado?  
Sabiedo el grande interés  
que por tí todos tenemos,  
ha sido...  
D. BLAS. *(Interrumpiéndola con seriedad.)*  
Luégo hablaremos.  
¿El que me busca quién es?  
D. JUAN. Yo, que tengo comision  
de los aseguradores...  
D.ª RUFINA. Al fruto de tus sudores  
Dios echó la bendicion.  
D. BLAS. *(Mirando cariñosamente á don Juan.)*  
¿Usted sin duda será  
don Juan Antonio de Greda?  
D. JUAN. Quien con cuanto valga y pueda  
gozoso á usted servirá.  
Y no era, señor, preciso  
haber la carta enviado,  
pues de Cádiz me ha llegado  
de todo directo aviso,  
y ya estaba yo dispuesto  
á venir en el instante,  
que el negocio es importante  
y ha de transigirse presto.  
*(Saca unos papeles.)*  
Este es, señor, el contrato,  
y esta carta le previene  
que cien mil duros ya tiene  
en Cádiz á su mandato.  
Los doscientos mil siguientes  
no puede la compañía  
aprestarlos en el día,